



Por RAMON
GOMEZ
DE LA SERNA

Quizás el que la Península tenga forma de piel hace que sintamos tan gran afición a los guantes en España, y que Portugal tenga las «luvas» más exquisitas del mundo—«luvas», que quiere decir guantes, convirtiéndose al femenino lo masculino de los nuestros.

Los guantes de Madrid son nombrados por las crónicas del pasado. En la *Nueva Hostería*, de Jonson, se presenta un pisaverde que enumera los diversos componentes de su traje con aire de ostentación: «Espada de Milán, sombrero de Nápoles, cadena de Saboya y guantes de Madrid.»

Los guantes aparecen como muertos y anquilosados por el mundo. Pero en Madrid viven, vitran y se mueven en el escaparate, haciendo gestos de llamada, como si quisieran darnos la mano a través del cristal.

En el subterráneo de la primera cueva de los guantes, la verdadera cueva rupestre de la invención, se ve aún en plena calle cóncava cómo son cortados y cosidos los guantes sin engaño.

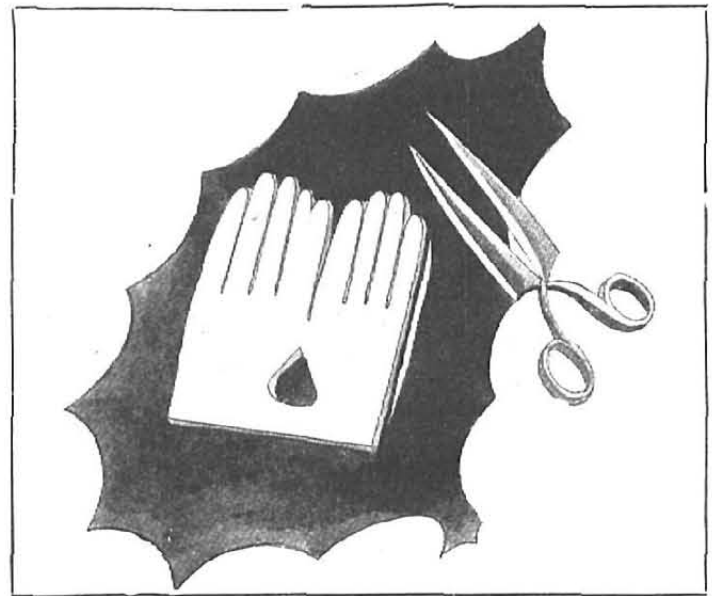
El reloj de la guantería, lo que tiene de misteriosa máquina, está a la vista en esa tienda del Madrid clásico, viéndose cómo, la piel va recibiendo los mordiscos rotundos de la especial tijera de la guantería y cómo se gastan en seguida las anchas rodajas de cada pliego de curtido.

Una comprensión más viva de los guantes hace ver cómo son de entrañables y cómo nacen de la verdadera piel, balando el cordero de los blancos, gritando la fantástica gacela de los de color y llorando la cabra negra de los de luto.

¿Y los amarillos?

Los amarillos parecen ser una excepción y estar hechos con piel de canario.

Al ver la plantilla que flota como cartabón en la mesa del artista, siempre me acuerdo de un Padre cuyo nombre leía yo en la placa de un confesionario de catedral: «El Padre Siete Dedos», porque en plantilla sólo tiene siete dedos, uno más ancho y con dos puntos, el dedo pequeño,



hay fraternidad y apretón de manos ideal, entre el guante que se nos ofrece y nuestra mano que le corresponde.

No se es muy rápido y pronto en pedir oficialmente en la guantería el guante que nos corresponde—antes se suceden muchas miradas y unas largas relaciones—; pero al fin el peticionario se casa con ellos para toda la vida.

El español después no se pone apenas los guantes; les lleva de la mano, los pasea, y la mujer los deja colganderos de su muñeca como disfrazada que para mayor incitación de sus sonrisas y de su blancura se deja el antifaz colgado debajo de la barbilla.

Este guante civil, civilizado y humano de ahora—nadie lo descabala para desafiarse con cualquier truhán—no es ya el guante formidable de antes que fué ensalzado en el poema del Cid:

Todos con sendas varicas,
Rodrigo lanza en la mano.
Todos guantes olorosos;
Rodrigo guante mallado.

Ya también todos los ciudadanos poseen guantes afables y sin ira y no son sólo atributo de médicos, como dió á entender Góngora:

Deseado he desde niño,
y antes, si puede ser antes,
ver un médico sin guantes
y un abogado lampiño.

Consuelo de las manos desconfiadas de los amigos, camisa de fuerza del desear atrapar las estrellas, fidelidad sencilla de las cosas, los guantes son manos caritativas que hicieron la promesa de ser guantes.

DIBUJOS DE ALMADA